

BREVE HISTORIA DE UNA COLECCION DE POESIA

POR

JOSE LUIS CANO

AMIGOS míos americanos me han pedido que hable en esta revista de la Colección de poesía «Adonais», de su vida y de sus poetas. Aunque me parece demasiado pronto para historiar una vida tan breve, que yo espero continúe aún algún tiempo, pienso que no debo negarme a una sugerencia que me llega de América, y que puede redundar en beneficio de nuestra poesía y de su mejor conocimiento. Ciertamente que siendo yo el director de esta Colección, y pareciendo siempre extremado hablar de lo que uno ama, no me han faltado escrúpulos de conciencia antes de decidirme a complacer a mis amigos. Pero más que el deseo de complacerlos, fué aquella consideración de un posible acercamiento a nuestra poesía joven por parte de núcleos americanos lectores de esta revista, lo que me decidió a contar esta breve y humilde historia. Por otra parte, el hablar aquí de la Colección «Adonais» creo que puede servir para ilustrar una fase interesante de nuestra poesía contemporánea. Y, finalmente, mi experiencia personal como director de la Colección, acaso pueda ser útil también a aquellos fervorosos de la poesía, poetas o no, que sueñen con realizar en otros ámbitos una idea semejante. No voy, pues, a hablar aquí de teoría o crítica poética,

sino de una experiencia editorial que, dentro de su modestia, cree servir con fidelidad al destino de la poesía española.

* * *

La aparición de una Colección de poesía no es nunca un fenómeno de azar que pueda explicarse por causas imponderables. Aunque casi siempre es la voluntad de un poeta la que impulsa el esfuerzo necesario para que se realice, este esfuerzo no podría llevarse a cabo sin un clima previo de floración poética, sin una *necesidad* de creación y de intercomunicación poéticas que no es posible medir matemáticamente, pero que flota en el ambiente y en el aire de la poesía y se puede tocar casi con los dedos.

A ese clima de *necesidad* poética, de movimiento y vida de poesía, debióse la Colección que hoy puede considerarse como el antecedente preciso de «Adonais», y al mismo tiempo su modelo: la Colección «Héroe», que fundó en Madrid, a comienzos de 1936, el poeta impresor Manuel Altolaguirre, en colaboración con su mujer, la poetisa Concha Méndez. Altolaguirre poseía una imprenta poética ambulante y llevaba muchos años, desde 1925, publicando libros de poesía con el mejor gusto tipográfico, primero en España, luego en París y en Londres. Como otra Colección anterior de imborrable recuerdo, la malagueña «Litoral» del poeta Emilio Prados, la Colección «Héroe» nació como secuela y fruto de una revista de poesía que llevó el mismo nombre y que, al igual que tantas otras de ayer y de hoy, murió en flor apenas nacida.

Fué esta Colección «Héroe», cuyos volúmenes de delgada materia y colores tan variados gustaba yo de acariciar en mi biblioteca, la que operaba tentadoramente sobre mi espíritu, animándome a continuar una tradición que sólo la guerra había podido interrumpir. El comienzo de nuestra guerra venía a cerrar todo un ciclo y un tono de la poesía española contemporánea. La mayoría de nuestros poetas—con pocas excepciones—trocó la pluma por el fusil, y a un lado y otro de la gran trinchera española abierta por la guerra cambiaron balas en vez de versos, y olvidando la poesía pura, aprendieron a cantar canciones de tierra y de sangre, estrofas de guerra y de amor. Una dolorosa emigración vino después, ya en silencio la tierra donde habían luchado. América acogió generosamente a muchos de aquellos poetas que habían animado la vida poética española en los años inmediatamente anteriores a la lucha. Tal emigración hubo de producir, recién terminada ésta, un momentáneo colapso de la poesía española, inevitable en un proceso tan complejo y difícil como

es el de adaptar el cuerpo de la guerra al de la paz. Pero la interrupción fué, como digo, momentánea. Pues la misma guerra que da muerte a unos poetas, da vida a otros, y la poesía, como la vida, siempre sigue y renace. Y así los poetas que dejó aquí la guerra, y los más jóvenes que iban naciendo trémulos al mundo de la poesía, pronto se conocieron y ayudaron a crear un nuevo clima, que se parecía exteriormente poco al anterior, pero que era su continuación, y aunque otra cosa creyesen los poetas mismos, su radical heredero.

A este nuevo clima de poesía, que en otra parte he evocado (1), debe su existencia la Colección «Adonais». Cuando a comienzos de 1943 sentí el afán de publicar una Colección de poesía, ya habían aparecido algunas revistas poéticas e incluso algunas colecciones, fruto quizá inmaturo de ese clima de postguerra. Tales como «Corcel» y «Cuadernos de poesía», y las colecciones «Poesía en la mano», publicada en Barcelona el mismo año 1939, y «Flor y gozo», que se publicó en Valencia durante los años 1940 y 1941. Pero ninguna de estas dos colecciones me sirvieron de inspiración para la que yo quería publicar. Una y otra ofrecían casi exclusivamente poetas clásicos y traducciones de poetas extranjeros, buscando así sin duda un público más extenso. Pero lo que yo quería era, sobre todo, dar a conocer en una Colección a los jóvenes poetas que empezaban a mostrar su talento en las revistas nacidas a la terminación de la guerra, y que no tenían ocasión de reunir sus poemas en libro. En el año 1942 se podía contar ya con ocho o diez jóvenes poetas que prometían, que gozaban de un inicial prestigio en un reducido círculo, pero a los que faltaban las páginas de un libro para confirmar su talento. En aquel momento aspiraba yo a conseguir para nuestra poesía más joven lo que habían logrado Emilio Prados en 1928 con la Colección «Litoral» y Manuel Altolaguirre, en 1936, con la colección «Héroe». Precisamente fué un volumen de esta última Colección el que me inspiró para dar nombre a la que yo preparaba: el «Adonais», de Shelley, traducido por Manuel Altolaguirre. La Colección nacía así bajo el signo de una imperecedera elegía poética, la que Shelley escribió a la muerte de su amigo Keats, y como un símbolo del más puro homenaje que un gran poeta puede ofrecer en recuerdo de otro.

Una Colección de Poesía, por muy modesta que sea—y la mía quería serlo materialmente para que los lectores, también modestos, pudiesen adquirirla—, necesita para empezar, y para proseguir, una base económica de que yo no podía disponer para la creación de «Adonais». Fué entonces cuando se me ocurrió acudir a Juan Gue-

(1) En la revista «Leonardo».

rrero, cuyo fervor por la poesía y los poetas me era conocido desde que García Lorca le llamó «cónsul general de la poesía», consulado que había yo comprobado después en más de una ocasión. La acogida que prestó Juan Guerrero a mi proyecto de Colección no pudo ser más entusiasta y generosa. Aceptó por completo el proyecto que le expuse, y se ofreció a ser su editor, dejándome a mí una absoluta independencia para dirigir la Colección y elegir los autores. Con esta facilidad que parecía mágica, nació a la luz «Adonais» en la primavera de 1943. El primer volumen quise yo que fuese el de un joven poeta poco menos que desconocido, Rafael Morales, que no había publicado aún ningún libro, pero sí una serie notable de sonetos en la revista «Escorial». El libro de Rafael Morales, *Poemas del toro*, apareció en abril de 1943, y contenía un admirable prólogo de José María de Cossío. El éxito de este hermoso libro de Morales, dentro del ámbito minoritario en que se movía y se mueve siempre la vida poética española, fué fulminante. Casi podría decirse que este éxito aseguró el porvenir de la Colección en los años siguientes. Había, sin embargo, un peligro, pues casi al tiempo de comenzar la Colección empezó a dibujarse en las filas de la joven poesía de entonces una doble tendencia: la de los neoclasicistas, que se agrupaban en torno a José García Nieto y a su revista «Garcilaso», y la de los neorrománticos, más o menos independientes. Y había el peligro de que «Adonais», siendo su director más inclinado a la tendencia neorromántica que a la neoclásica, tomase partido por aquella. Pero tal peligro pudo ser soslayado. Pues yo había creado «Adonais», no para que fuese expresión de una tendencia poética, sino de una juventud poética. Y así, junto a los libros de José García Nieto y Alfonso Moreno, de Ridruejo y de Rafael Laffon, publicaba «Adonais» los de Carlos Bousoño y Eugenio de Nora, los de Carmen Conde y Victoriano Crémer, antineoclasicistas decididos. De este modo se reunían en una misma Colección poetas de las tendencias más diversas y de los más variados matices, pues la única cosa que yo exigía era que tuviesen algo nuevo que decir en la poesía española.

El mismo año 1943, la Colección pudo ya convocar un Premio de Poesía «Adonais» para poetas jóvenes. Una condición fundamental para optar al Premio era que el aspirante no hubiese publicado ningún libro, con lo cual descartábamos a los poetas ya conocidos y consagrados. Pues nuestro propósito no era tanto consagrar a un poeta como revelar al público aquellos talentos poéticos jóvenes que por sí mismos no tenían ocasión de dar a conocer su obra. El Jurado de este primer Premio «Adonais» lo formaron Gerardo Diego, Leopoldo Panero, Juan Guerrero, Enrique Azcoaga y Rafael

Ferrerés, a quien por ausencia hubo de sustituir el director de la Colección. Cerca de cien libros de poesía inéditos optaron al Premio, poniendo a prueba la capacidad de lectura del Jurado. Y el Premio fué obtenido, al alimón, por Vicente Gaos (*Arcángel de mi noche*), José Suárez Carreño (*Edad de hombre*) y Alfonso Moreno (*El vuelo de la carne*), cuyos libros fueron publicados en la Colección en el transcurso de 1944. Estos libros revelaban a tres poetas auténticos, sobre uno de los cuales, Vicente Gaos, había ya llamado la atención Dámaso Alonso en la introducción a una lectura de sus poesías, que figuró después como prólogo del libro premiado. Fué significativo del momento poético que los tres libros que obtuvieron el Premio fuesen libros de sonetos, si bien los de Gaos y Suárez Carreño llevaban a la vieja forma un apasionamiento nuevo, una violencia amorosa antes poco frecuente.

En estos primeros años de la Colección, de 1943 a 1946, reveló «Adonais» a algunos de los poetas jóvenes quizá de mayor talento de nuestra postguerra. Aparte de Rafael Morales, a quien ya hemos citado, y de los premiados en 1943, me parece justo destacar, como principales revelaciones juveniles, a Carlos Bousoño, que con sus libros *Subida al amor* y *Primavera de la muerte* anunciaba la renovación sustancial de una nueva poesía religiosa española; a Eugenio de Nora, que en *Cantos al destino* impulsó la corriente poética que luego iba a llamarse *tremendismo*, por oposición a los neoclasicistas; y a José Luis Hidalgo, que habiendo obtenido ya una mención honorífica en el Premio «Adonais» de 1943, se reveló con su libro *Los muertos*, que apareció en «Adonais» pocos días después de morir su autor. Aún trémula la dolorosa emoción de su pérdida, al volver de acompañar el cuerpo del poeta al cementerio, escribí para prólogo de *Los muertos* las líneas siguientes, que creo útil copiar aquí por hallarse el libro hace tiempo agotado: «José Luis Hidalgo (1919-1947). Estando este libro en prensa, y a punto ya de ver la luz, impaciente por alcanzar con vida a su autor, y éste por tenerlo en sus manos antes de morir, unidos libro y poeta en el abrazo prematuro de la muerte, se ha cumplido sobre José Luis Hidalgo el doloroso y quizá feliz destino de morir joven. Ha muerto el poeta la noche del 3 de febrero de este año de 1947, en un sanatorio de Chamartín de la Rosa, cuando más rápidamente veíamos madurar su obra —al tiempo que maduraba su muerte—, y mejor veíamos la generosa, cordial bondad de su alma. Los que éramos sus amigos, y le veíamos morir lentamente en su cuarto del sanatorio, teníamos el presentimiento, que Dios no ha querido cumplir, de que esperaba ya sólo que este libro viera la luz, para dejar de verla él, y ser uno

más entre los muertos de su libro. Dábamos toda la prisa que podíamos al impresor, pero en esta carrera la muerte ha sido más rápida, y el poeta se ha quedado sin ese último consuelo de ver su libro impreso. José Luis Hidalgo había nacido en Torres (Santander) el 10 de octubre de 1919. Cultivaba la poesía y la pintura con la misma fe y entusiasmo. Este libro es el tercero que ha publicado. Los otros dos son: *Raíz* (Valencia, 1943), y *Los animales* (Santander, 1944).»

Al comenzar el año 1947, «Adonais» llevaba ya publicados 33 volúmenes de poesía. El número de sus amigos y suscriptores había notablemente aumentado, y su prestigio había comenzado a pasar las fronteras y a ser conocido sobre todo en América, Inglaterra y Portugal. A ello contribuía sin duda el hecho de que, junto a la revelación de los más jóvenes, habíamos ofrecido libros de los maestros como Vicente Aleixandre (*Pasión de la tierra*), Dámaso Alonso (*Oscura noticia*) y Gerardo Diego (*Poemas adrede*), y traducciones de poetas extranjeros poco o nada conocidos en España, como T. S. Eliot, que aún no era Premio Nóbel, pero sí jerarca máximo de la poesía inglesa; Charles Péguy, Walt Whitman, John Keats y Jean Arthur Rimbaud.

A los cuatro años de vida de la Colección, en la primavera de 1947, convocamos por segunda vez el Premio «Adonais» de poesía. El Jurado esta vez lo formaban Vicente Aleixandre—tan entrañablemente unido a la Colección—, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Enrique Azcoaga y José Luis Cano. Uno de los amigos más fieles y generosos de «Adonais», Bernabé F. Canivell, cónsul de «Adonais» en Málaga, contribuyó económicamente a este segundo Premio, al cual optaron más de cien poetas jóvenes. Esta vez el Premio fué para un solo poeta, el santanderino José Hierro, por su libro *Alegría*, si bien se concedieron tres accésits a los poetas Julio Maruri (*Los años*), Concha Zardoya (*Dominio del llanto*) y Eugenio de Nora (*Contemplación del tiempo*). Los libros premiados, que lo fueron por unanimidad del Jurado, se publicaron en la Colección durante los años 1947 a 1948 (2).

Los Premios «Adonais» cumplían, pues, un doble fin. De un lado, estimulaban a los jóvenes poetas y venían a confirmar su talento, y de otra parte, servían para ganar nuevos amigos y suscriptorés a la Colección y lograr una expansión mayor de sus volúmenes. Al finali-

(2) A comienzos de 1947, «Adonis», que a pesar de su prestigio se hallaba en un mal momento económico, encontró un nuevo editor en Florentino Pérez Embid, que desde entonces, al frente de la Editorial Rialp, viene editando la Colección.

zar el año 1948, «Adonais» había publicado ya medio centenar de libros, apareciendo uno cada mes con regularidad casi perfecta. Poetas de las tres principales generaciones, la que llamaríamos de la Dictadura (porque surgió entre los años 1925 y 1928), la de anteguerra y la que empieza a darse a conocer entre los años 1939 y 1942, se hallaban representados en la Colección. De la primera, habíamos publicado libros de Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Pedro Pérez Clotet, Rafael Laffon, Joaquín Romero Murube y José María Souvirón. De la segunda, estaban representados José Antonio Muñoz Rojas, Enrique Azcoaga, Dictinio de Castillo-Elijabeytia, Carmen Conde, Ildefonso Manuel Gil, Juan Ruiz Peña, Victoriano Crémér, Dionisio Ridruejo y Guillermo Díaz Plaja. Y, finalmente, los jóvenes de la generación de postguerra, a los que la guerra misma había hecho poetas, pero que sólo había empezado a dejar oír su voz ya la guerra acabada: Rafael Morales, José Suárez Carreño, Vicente Gaos, Alfonso Moreno, José Luis Cano, Carlos Bousoño, Eugenio de Nora, José García Nieto, Julio Maruri, Rafael Montesinos, Concha Zardoya, José Luis Hidalgo, José Hierro, Bartolomé Llorens y Ricardo Molina (3).

La breve historia de «Adonais» ha de quedar interrumpida aquí,

(3) Para el lector curioso, copio aquí la lista completa de los volúmenes publicados por «Adonais», por orden de aparición: RAFAEL MORALES: *Poemas del toro*; CHARLES PÉGUY: *Poesías* (trad. Vicente Gaos); GERARDO DIEGO: *Poemas adrede*; JOSÉ A. MUÑOZ ROJAS: *Abril del alma*; JOSÉ SUÁREZ CARREÑO: *La tierra amenazada*; ENRIQUE AZCOAGA: *El canto cotidiano*; DÁMASO ALONSO: *Oscura noticia*; GEORGES RODENBACH: *El reino del silencio* (trad. C. Dampierre); VICENTE GAOS: *Arcángel de mi noche*; ALFONSO MORENO: *El vuelo de la carne*; RAFAEL LAFFON: *Romances y madrigales*; PAUL VERLAINE: *Fiestas galantes. Romanzas sin palabras* (trad. Luis Guarnier); JOSÉ SUÁREZ CARREÑO: *Edad de hombre*; JOSÉ LUIS CANO: *Voz de la muerte*; WALT WHITMAN: *Cantando a la primavera* (trad. Concha Zardoya); CARLOS BOUSOÑO: *Subida al amor*; DICTINIO DEL CASTILLO: *La canción de los pinos*; LORD BYRON: *Poemas líricos* (trad. María Alfaro); CARMEN CONDE: *Ansia de la gracia*; ILDEFONSO MANUEL GIL: *Poemas de dolor antiguo*; PEDRO PÉREZ CLOTET: *Soledades en vuelo*; JOAQUÍN ROMERO MURUBE: *Kasida del olvido*; EUGENIO DE NORA: *Cantos al destino*; H. W. LONGFELLOW: *Aureos instantes* (trad. S. Magariños); JOSÉ GARCÍA NIETO: *Del campo y soledad*; T. S. ELIOT: *Poemas* (trad. Dámaso Alonso, J. A. Muñoz Rojas, Leopoldo Panero, Charles D. Ley y J. L. Cano); CONCHA ZARDOYA: *Pájaros del nuevo mundo*; JOHN KEATS: *Poesías* (trad. Clemencia Miró); CARLOS BOUSOÑO: *Primavera de la muerte*; JUAN RUIZ PEÑA: *Libro de los recuerdos*; JEAN ARTHUR RIMBAUD: *Poesías* (trad. Vicente Gaos y J. L. Cano); VICENTE ALEIXANDRE: *Pasión de la tierra*; VICTORIANO CRÉMÉR: *Camino de mi sangre*; JOSÉ LUIS HIDALGO: *Los muertos*; RAFAEL MORALES: *Los desterrados*; ALBERTO DE SERPA: *Poemas de Oporto* (trad. Rafael Morales y Charles D. Ley); *Antología de la poesía francesa religiosa-contemporánea* (trad. L. Rodríguez Alcalde); PERCY B. SHELLY: *Adonais* (trad. Vicente Gaos); JOSÉ HIERRO: *Alegría*; JULIO MARURI: *Los años*; CONCHA ZARDOYA: *Dominio del llanto*; CARMEN CONDE: *Mi fin en el viento*; JOSÉ MARÍA SOUVIRON: *Señal de vida*; *Poetas metafísicos ingleses del XVIII* (trad. M. Molho y Blanca G. Escandón); EUGENIO DE NORA: *Contemplación del tiempo*; RAFAEL MONTESINOS: *Las incredulidades*; BARTOLOMÉ LLORENS: *Secreta fuente*; GUILLERMO DÍAZ PLAJA: *Vacación de estío*; DIONISIO RIDRUEJO: *Ele*

con el volumen que en estos días en que escribo—febrero de 1949— acaba de ver la luz : *Poesía en línea*, del pintor Gregorio Prieto. Por primera vez un volumen de «Adonais» contiene una colección de dibujos en lugar de poesía. Pero, como ha mostrado Vicente Aleixandre en el prólogo que ha escrito para ese volumen, hay en los dibujos de Gregorio Prieto tal temblor y misterio poéticos, tal emanación de profunda poesía, que su espíritu no puede parecer extraño a una Colección como «Adonais». Sin hipérbole alguna, puede llamar Gregorio Prieto a su arte «Poesía en línea», y con este título, con que hemos presentado su incorporación a «Adonais», suele él presentar sus exposiciones de dibujos.

¿Cuál será el futuro de «Adonais»? Confieso que cada año que pasa me parece un milagro que siga viviendo. ¿Qué aventura poética editorial ha durado en nuestro país más de cinco años? Cierto que hay una minoría entusiasta de suscriptores, amigos y cónsules honorarios de la Colección, repartidos por toda España, y que ésta ha tenido la suerte de encontrar editores dispuestos a sacrificarse económicamente para que subsista, pero aun así no deja de parecerme milagroso que no muera, como tantas otras aventuras románticas de la poesía de ayer y de hoy.

Mas, si Dios me ayuda, espero llegar así al volumen número 100 de la Colección, con lo cual esta aventura de «Adonais» no se habrá, al menos, malogrado.

José Luis Cano.
Ferrocarril, 11.
MADRID (España).

gías; JULES SUPERVIELLE: *Poesías* (trad. L. Rodríguez Alcalde); RICARDO MOLINA: *Elegías de Sandua*; GREGORIO PRIETO: *Poesía en línea*. Dos nuevos volúmenes se hallan en prensa: GEORGE TRAKL: *Poesías* (trad. Jaime Bofill) y FRANCISCO JOSÉ MAYANS: *Estancias amorosas*.